

PALABRAS DE APERTURA

por S. E. Mons. A. QUARRACINO (Bs. As.)*

Tuve la gracia de participar en las jornadas inolvidables —casi digo milagrosas— del Vaticano II, y recuerdo que un cierto sentimiento de extrañeza recorrió el aula conciliar cuando el Cardenal Lercaro dijo que el tema de la cultura debía ser el nudo del esquema que tanto estaba preocupando a los Padres Conciliares y que entonces se denominaba “esquema 13”.

Sabemos que ese tema fue tratado específicamente por el Concilio. Constituye el contenido del capítulo II de la segunda parte de la Constitución Pastoral “Gaudium et Spes”. Pero caben dos advertencias. En primer lugar, el tema de la cultura no fue el nudo o centro del documento sino que aparece entre “algunos problemas más urgentes”; en segundo lugar, la consideración eclesial post-conciliar no se detuvo con insistencia y profundidad en la consideración global y prioritaria de la cultura y su evangelización. Para ello, habrá que llegar a la “Evangelii Nuntiandi”, diez años después del Concilio.

Pero lo que antecede no desmerece en manera alguna al texto conciliar. Recordemos su sugestiva y elocuente definición de cultura; su aproximación al hombre como ser cultural, como naturaleza cultural; el planteo de una fenomenología de lo comprendido en el concepto de cultura: comportamientos y expresiones, estructuras y valores, que conjugan en íntima relación lo personal y lo colectivo; el planteo de las relaciones entre “fe y cultura”, la armonía entre los “diferentes valores en el seno de las culturas” y las múltiples conexiones entre la Buena Nueva de Cristo y la cultura; la distinción entre fe y cultura, su independencia y autonomía pero también la afirmación de que no se trata de separación o recíproca indiferencia sino de la elevación, fecundación y purificación de la cultura por parte de la fe.

La Iglesia abandonaba así su posición defensiva ante la cultura moderna para afirmar más tarde casi dramáticamente con Pablo VI; “La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas”, en cierta referencia al prolongado período de la moder-

* S. E. Mons. Antonio Quarracino, es Obispo de Avellaneda, Bs. As., y actual Presidente del CELAM.

nidad (E. N. 20), y asentar definitivamente que “lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre” (Id. 20).

Si la “Gaudium et Spes” hablaba de “elevar” y “purificar” la cultura, la “Evangelii Nuntiandi” presenta una perspectiva más profunda al referirse a la evangelización de las “raíces” de la cultura. Se ha dicho que “si el Concilio define la ‘actividad’ de la cultura, ‘Evangelii Nuntiandi’ describe preferentemente el ‘corazón’ de donde brota la cultura. Es esa interioridad, ese corazón lo que se propone como objetivo y meta de la evangelización” (P. G. Remolina, S. J.). “Para la Iglesia —había escrito Pablo VI— no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transponer con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación” (E. N. 19).

Entre el Vaticano II y la “Evangelii Nuntiandi” (con el previo Sínodo sobre evangelización), en América Latina aconteció Medellín. En síntesis es lícito afirmar que, en la voluntad de hacer aterrizar el Concilio a la realidad latinoamericana, la pista utilizada fue preferentemente la señalada por la importante “Populorum Progressio” que poco meses antes había publicado Pablo VI. Por consiguiente el tema de la Cultura está ausente de Medellín, aunque las referencias que se encuentran en sus textos no son banales y podrían constituir un lazo de unión entre la Gaudium et Spes y la Evangelii Nuntiandi, desde la óptica latinoamericana. Y todo ello desemboca en Puebla. No son pocos los que han considerado el capítulo sobre la evangelización de la cultura como el aporte más original del texto poblano, y al hecho de Puebla como “la culminación eclesial y latinoamericana más profunda, hasta hoy, del post-Concilio”. América Latina no conoce otro. No corresponde aquí —y hasta sobraría— presentar el contenido de Puebla respecto a evangelización de la cultura, a la que consideró “opción pastoral” de la Iglesia latinoamericana.

Pero permítaseme señalar sencillamente la influencia decisiva del CELAM en la toma de conciencia de esa vasta problemática en la Iglesia del continente antes y después de Puebla. Baste recordar las reflexiones realizadas en el CELAM sobre la religiosidad popular y cuanto se expresó en el primer documento de trabajo preparatorio a Puebla; y después de la

Conferencia General, los estudios sobre Religión y Cultura, y sobre la Iglesia en la cultura en América Latina. Dedúzcase de todo ello no sólo la alegría sino también la certeza de seguir en una línea acertada cuando comprobamos la fuerza, el interés y el impulso que el Santo Padre Juan Pablo II ha dado —y está dando— a la frondosa perspectiva de la cultura y su evangelización. Recuérdese tan sólo aquel párrafo de su carta al Card. Casaroli, del 20 de mayo de 1982, al crear el Pontificio Consejo para la Cultura: “La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”.

Digo esto y, como actual Presidente del CELAM, pienso que estoy expresando la única justificación de haber sido invitado a pronunciar palabras preliminares en este alto simposio cultural. En cierta manera el organismo episcopal de América Latina, el CELAM, no podía estar ausente ni dejar de prestar su adhesión al Congreso que celebra los cuatrocientos años de la llegada de la Compañía de Jesús a estas tierras australes: arribo evangelizador inculturado. La frase gramaticalmente suena muy horrible, pero su contenido es de una estupenda grandeza eclesial e histórica, que al mismo tiempo —¡qué atrevimiento el mío al afirmar esto!— le abre a la Compañía caminos, rumbos, orientaciones, para la evangelización de lo que se ha dado en llamar “cultura emergente”, “civilización del amor”, “nueva civilización”, “tiempos nuevos”, “tercer milenio”.

Y ya que pasó un atrevimiento, séame admitido otro: la presentación de un recorrido histórico esquemático, acelerado e incompleto, que me permita expresar en pocas palabras y en vistas al futuro una casi certeza personal.

Recuerdo al comenzar el recorrido el paso crítico de la Iglesia —su primera “encrucijada” como diría Godofredo Kurth— de la matriz judeo-cristiana y las tendencias judaizantes a la apertura misionera hacia la gentilidad, especialmente greco-romana. En este paso descuello la figura de Pablo. Luego, la evangelización del Imperio romano durante la cual la Iglesia fue capaz de asumir desde la realidad cristiana la sabiduría condensada en la herencia greco-latina. Creo que aquí se alzan como símbolos las figuras gigantescas de los Padres de la Iglesia. Más tarde hacen acto de presencia los pueblos denominados bárbaros, y con lo anterior y éstos surge una síntesis étnico-cultural que da origen a “la gran claridad de la Edad media”. Se me antoja que los nombres de Benito y Tomás de Aquino sintetizan este período,

como Francisco y Domingo, con sus órdenes mendicantes, constituyen la respuesta cristiana ante la emergencia urbana, mercantil y universitaria del bajo medioevo. Y en el alba de la modernidad, en la emergente cultura barroca, a mi parecer es Ignacio y su Compañía quien resume los intentos de respuestas de la Iglesia a los problemas de un período tan vasto como difícil, complejo y muchas veces oscuro. Es aquí donde cabe recordar, en un ámbito latinoamericano, esa obra estupenda de inculturación que fueron las Reducciones jesuíticas. ¿Cuál hubiera sido la suerte de este Continente si el miope y arrogante anticlericalismo del poder no las hubiera barrido torpemente?

Bien sé que este esquema es demasiado simple; pero me permite afirmar que, si bien ignoro absolutamente quién o quiénes resumirán o simbolizarán la historia del trabajo de inculturación evangélica y eclesial en esta "nueva época" que ya considero iniciada, intuyo y adivino —mirando especialmente esta nuestra América Latina— que en esa tarea los hijos de San Ignacio, si son fieles a su vocación histórica, ciertamente estarán presentes de manera muy especial y relevante. Decir esto no constituye de mi parte la expresión de cierto cumplido formal sino una convicción; y en verdad, para ellos implica el peso de una responsabilidad extremadamente seria y grave.

Dios ha de querer que este Congreso teológico constituya un aporte valioso para configurar fuertemente y afirmar la presencia evangelizadora en el mundo de la cultura, para bien de la Iglesia y de los pueblos latinoamericanos.

MOMENTO HISTORICO
